

RESEÑAS

PEÑALOZA, WALTER,

“Escorzo metodológico de la enseñanza universitaria”, Cuadernos del Consejo Nacional de la Universidad Peruana, Núm. 7, diciembre de 1971, pp. 13-21.

El excelente artículo del doctor Peñaloza nos conduce a través del difícil sendero que debe recorrer el estudiante, en particular el estudiante universitario, en su acercamiento final a nuestra cultura, antes de incorporarse más plenamente a la sociedad y al complejo cultural en el que vive. Peñaloza señala la gran responsabilidad que tiene el maestro y el sistema educativo en el éxito o fracaso de este proceso. Nosotros pensamos que esta responsabilidad debe ser compartida por todo el medio social, sobre todo cuando nos referimos a la educación como un proceso de aculturación en el que puede y debería participar toda la población.

Problema central en el artículo que reseñarnos es la transmisión de la verdad como un proceso activo en el cual no basta con mostrar, sino en el que es preciso hacer participar al alumno, hacer que éste llegue a ese proceso -expresado en símbolos- a través de vivencias: del mismo modo como llegaron a él sus creadores. Ciertamente la tarea principal de la educación es transmitir esos símbolos, esas “experiencias culturales” que conforman nuestros valores y nuestro medio.

El acceso que se tenga al entendimiento de esos valores que conforman nuestro complejo cultural, determinará en gran medida la adecuada o inadecuada inserción de una persona en su medio, y son muchas las personas que tienen un acceso deficiente y a veces nulo a su complejo cultural, puesto que son muy pocos los que gozan de acceso a la educación. Este fenómeno de acceso deficiente margina y deprime, a quienes no cuentan con educación (entendimiento), de los valores sociales y económicos, pero sobre todo de los valores espirituales que serían la fuerza motriz que los ayudaría a salir de su pobreza. Terrible realmente es vivir en un mundo que no se comprende porque no se entienden ni se comparten con los demás, los valores culturales, y en el cual no se puede participar cabalmente.

La deficiencia y el problema radican en la “entrega” que de los valores hacen los encargados de educar. Aquí es donde Peñaloza menciona al profesor y al sistema educativo y donde pensamos que habría que incluir a los medios masivos de educación y a todas aquellas personas y organismos que participan en la educación, entendida ésta en su término más amplio. El más directamente responsable de no lograr establecer canales de acceso a la cultura (verdad de perogrullo en la que insistimos) es el sistema mismo: su lenguaje, sus periódicos, revistas y fotonovelas, su televisión, su moralidad, su cine, etc. Lo que es deficiente es la eficacia que el sistema como un todo ha tenido en la difusión, definición y renovación de los propios valores que la sustenten y la continúan.

Es realmente difícil separar a la educación universitaria, culminación de un proceso educativo, de la educación del conglomerado que no está en las aulas ni tiene posibilidad de asistir a ellas o a aquellos que ya no volverán a las universidades por haber “terminado” su educación, grupo este último que no podemos dejar de considerar como sujeto de educación que precisa de información constante que lo ayude a modificar y crear nuevos valores que, como ya se dijo, tienen repercusiones en la transformación de nuestra sociedad. Ahora bien, el contacto de estos “dos tipos” de estudiantes con la educación, sólo se logra a través de la comunicación que cada sociedad establece con sus miembros, para lo cual debe echar mano de todo aquello que participe activamente en el amplio y complicado proceso de “educar a una nación”.

Una sociedad que no suministre a sus miembros la oportunidad de entender y participar de la cultura en la que vive, procreará frustración y violencia, y favorecerá el condicionamiento a esquemas foráneos y a intereses ajenos a los nuestros.

Las generaciones jóvenes pertenecen, en un cierto momento, a los grupos marginados que, no participan de la sociedad: los jóvenes se han alimentado desde el principio de su complejo social, pero no han participado en la creación de los objetos culturales es decir, por un lado existen quienes participan ya de la comprensión de la cultura, y por otro, quienes se acercan a las creaciones hechas como a objetos ajenos y enigmáticos, puesto

que en el momento en que esos objetos fueron creados, ellos no participaban plenamente en el complejo cultural. De la eficacia de esta clarificación y entrega, dependerá grandemente el éxito de la educación universitaria y la existencia de climas sociales que permitan y logren que la educación, a un nivel global, se realice o no.

Problema adicional en esta “entrega” es el hecho de que las manifestaciones culturales sean, como señala Peñaloza, “cristalizaciones”; es decir, “experiencias vivas en el momento de su creación, pero que al objetivarlas se fijan y son cristalizadas, vaciadas en un texto, cuadro, etc.” (la cita no es textual). Tales experiencias siguen teniendo vida latente, pero no se llega fácilmente a ellas, es preciso recrear, revivir esas cristalizaciones para hacerlas comprensibles y entregarlas al joven universitario y a los otros jóvenes (y adultos) que no asisten ni asistirán a las universidades.

Si el proceso de entrega de lo que son nuestros valores culturales fracasa, la ignorancia persistirá y la incorporación al complejo cultural será deficiente o no se dará, y nuestro mundo será rechazado por sus propios hijos como una cultura ajena y sin sentido. Los jóvenes y los marginados recurrirán a buscar identificaciones más plenas, pues “no puede pedirse adhesión alguna a lo que no se comprende ni se siente”, dice Peñaloza.

Incluso si la reacción que de este modo se fomenta no fuera violenta ni iconoclasta, lo que provoca en las escuelas son conductas de memorización, de repetición mecánica y de mimetismo ante, lo que no se entiende; “actitudes todas que resbalan por sobre el sentido de las cosas y se quedan en su superficie y apariencia”, dice el autor del artículo. En el conglomerado, lo que esta pérdida de las esencias culturales produce son “posiciones cada vez más alejadas de la orientación del complejo cultural al cual (estas personas) pertenecen de un modo puramente exterior... estos jóvenes vivirán en el grupo social y utilizarán los medios técnicos allí existentes, pero estarán intrínsecamente ausentes y al margen de la cultura, constituyendo una especie de barbarie y aun de primitivismo dentro de su propio contexto” (P. 20).

Naturalmente la educación no sólo debe transmitir la cultura actual, sino también procurar el desarrollo de nuevas experiencias. Desgraciadamente, hay quienes sin entender el sentido de la cultura existente intentan destruirla sin tomar en cuenta que para criticar verdadera y constructivamente un complejo cultural es necesario estar dentro de él y conocer de cerca sus creaciones generatrices para así modificar, cambiar y deshacerse de lo nocivo y lo no funcional, pero esto ha de ser efectuado desde dentro y continuando lo que ya está hecho. No pueden darse pasos atrás y destruir lo logrado. Por maldad y deficiente que sea, esta sociedad es nuestra herencia y lo único que tenemos; además, es bastante mezquino y muy cómodo atribuirle a la vieja, generación la culpa de todos nuestros males. Mejor es aceptar lo que se tiene y modificarlo.

Para terminar, una última cita del artículo de Walter Peñaloza: “los nihilistas que se sustraen a la comprensión de las creaciones existentes, y que tal vez por eso mismo no logran despertar su propio espíritu creador, predicán el apartamiento frente a la cultura circundante y, de este modo, resultan promotores de la más grande alienación, de la juventud, su autosegregación y mantenimiento más allá de todo esfuerzo de comprensión y el apagamiento de toda chispa creadora.”

FRANCISCO J. GONZALEZ ORTIZ.